

EDMOND DE GONCOURT
Diario del sitio y
la Comuna de París
1870-1871

Edición y traducción de
JULIO MONTEVERDE

ÍNDICE

EL BARÓMETRO DEL REACCIONARIO
Edmond de Goncourt en la Comuna de París, 7

ACERCA DE ESTA EDICIÓN, 19
CRONOLOGÍA, 21

Diario del sitio y
la Comuna de París (1870-1871)

PREFACIO, 33
AÑO 1870, 35
AÑO 1871, 161

FOTOGRAFÍAS, 275
GLOSARIO, 285

EL BARÓMETRO DEL REACCIONARIO

*Edmond de Goncourt en
la Comuna de París*

*Quand vous en serez au temps des cerises
Vous aurez aussi des chagrins d'amour.*

JEAN BAPTISTE CLÉMENT

A pesar de toda el agua que ha pasado bajo su puente, de todos los debates que ha generado, la Comuna de París sigue formando parte esencial del núcleo en el que late el *sentido histórico* del movimiento revolucionario. Su gloriosa derrota, aún hoy, se mantiene como el diapasón que da quizá la nota más alta, sobre la cual hay que afinar todo lo demás. Muchas revoluciones fracasaron. Otras triunfaron para después fracasar. El caso de la Comuna es diferente: fracasó para triunfar.

Lo que ocurre es que el Imperio conduce a un país a la guerra. Después, a la derrota y al sitio. Y al final, cuando ya no puede aguantar la mascarada, se niega a echarse a un lado. Los burgueses traicionan a su país, a su pueblo y su historia para defenderse a sí mismos, pactan con el enemigo y bombardean a sus vecinos para persistir, y así «en este conflicto entre el deber nacional y el interés

de clase, el Gobierno de Defensa Nacional no vaciló un instante en convertirse en un Gobierno de Traición Nacional».¹

Sobre ruinas, sobre ruinas de ruinas, el pueblo de París se encarama a las barricadas para crear la Comuna, ese auténtico «lujo comunal»² cuya memoria sigue provocando los más violentos arrebatos. Se trata de la conjunción de la voluntad del pueblo y su devenir en una forma de gobierno que cuestiona todas las precedentes, y que tiene lugar a escala humana. Un gobierno que si no llegó más lejos fue, por encima de todo, y como muchos ya han señalado, porque dudó en llevar a cabo ciertas medidas que le habrían asegurado un nivel de poder definitivo. Y no nos referimos al Terror, sino a la intervención del Banco de Francia.

París, como ciudad, debe parte de sus más bellas horas a este periodo. Courbet dijo que en aquellos días «París había renunciado a ser la capital de Francia»,³ lo que quiere decir que antes de seguir siendo la capital del Estado burgués prefirió convertirse en la patria de los desheredados, llegados desde todos los rincones de Europa. Esta galvanización de un territorio, del mismo adquinado sobre el que los comuneros se desplazaban, facilitó ese desborde pasional tan característico de las revoluciones, sin el cual están llamadas a perderse de manera irrevocable. «Se quería todo a la vez: artes, ciencias, literatura, descubrimiento; la vida resplande-

1 Karl Marx, «La guerra civil en Francia», en VV. AA., *La Comuna de París*, Madrid: Akal, 1985, pág. 8.

2 Kristin Ross, *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid: Akal, 2016.

3 Gustave Courbet, carta a sus padres citada por Kristin Ross: *op. cit.*, pág. 11.

cía. Todos teníamos prisa por escapar del viejo mundo», dirá años más tarde Louise Michel.⁴

Ocurrió así, y ya nadie puede dudarlo. ¿Pero qué fue de aquel pueblo de París que no participó de forma directa en la Comuna, o que si lo hizo fue como mero espectador, sufridor o adversario? La vida de una ciudad durante un proceso revolucionario debe tener muchas más caras de las que suelen recoger los libros de historia. Cualquiera que haya tenido la suerte de participar en un movimiento social, del tamaño que sea, no podrá dejar de sorprenderse de hasta qué punto la vida de una ciudad puede ser del todo indiferente a los sucesos que la marcan con solo cruzar un par de calles. Al alejarse unos metros del estrépito, el silencio se extiende de tal forma que hiela la sangre. Ese silencio está llamado, antes o después, a formar parte de la historia. Y es necesario contar con él si se pretende entender aquello que tiene lugar.

LOS HERMANOS GONCOURT, EDMOND y Jules, nacidos en 1822 y 1830 respectivamente, son un caso único. Además de colaborar y escribir sus obras a medias, practicaban una auténtica vida en común. Más que gemelos, eran uno, y su compenetración era tal que parecían sentir a la vez. Alguna vez, en mitad de la noche, les vino de manera simultánea la imperiosa necesidad de orinar sobre la misma col del jardín. Y a pesar de tener caracteres dife-

4 Louise Michel, *La Comuna de París*, Madrid/Tenerife: LaMalatesta, 2014, pág. 148.

ACERCA DE ESTA EDICIÓN

LA EDICIÓN QUE PRESENTAMOS bajo el título *Diario del sitio y la Comuna de París, 1870-1871*, recoge todas las entradas del *Diario de los Goncourt* que van desde el 26 de junio de 1870 hasta el 20 de junio de 1871. Estas entradas se encuentran en su totalidad en el primer volumen de la segunda serie del *Diario*, titulado: *1870-1871*, y que continúa hasta el 26 de diciembre de 1871. Hemos preferido, pues, terminar la edición en el sitio en el que el volumen parece plegarse sobre su comienzo: el día del primer aniversario de la muerte de Jules. Si bien las entradas que se han quedado fuera no carecen de interés dentro del conjunto de la obra, su inclusión, creemos, al dejar atrás la excepcionalidad de los sucesos históricos relatados y volver a la senda abierta en volúmenes precedentes, habría afectado a la cohesión interna del libro que teníamos en mente.

Como quizá el lector ya sepa, el *Diario* está lleno de referencias a personajes, recordados y olvidados, de la sociedad parisina. En este volumen en concreto, y como no podía ser de otra forma, abundan las referencias a políticos, militares y periodistas. Para intentar evitar la desorientación del lector hemos incluido un glosario de nombres que solo aspira a dar unas pocas claves que ayuden a entender mejor los hechos que se narran o los juicios que se vierten. Como regla, nos hemos limitado a los personajes que jugaron algún papel a nivel político, aunque también hemos incluido entradas de aquellos cuya presencia cotidiana se muestra

CRONOLOGÍA

1870

Francia y Prusia se disputan desde hace años la hegemonía continental. Bismarck, el canciller prusiano, sabe que se enfrenta a una oportunidad histórica para derrotar a Francia. Por su parte, el Segundo Imperio francés, encabezado por Napoleón III, debido a su debilidad y a la pérdida de relevancia que está sufriendo en toda Europa, necesita un acontecimiento que aglutine al pueblo francés a su alrededor. En ese contexto, el 13 de julio tiene lugar el episodio del «telegrama de Ems» en el que Bismarck manipula con habilidad la publicación de un mensaje de Guillermo I para hacer caer en el ridículo a la diplomacia francesa, que considera la afrenta como casus belli suficiente, y declara la guerra a Prusia el día 19.

JULIO

Jueves 28.— Napoleón III, acompañado por el príncipe imperial, de catorce años de edad, se desplaza a Metz para ponerse a la cabeza del ejército.

AGOSTO

Jueves 4.— Batalla de Wissembourg y primera de una larga lista de derrotas francesas frente a las tropas prusianas.

Martes 16.— Comienzan los sitios de Estrasburgo y de Toul.

Martes 31.— 240.000 hombres y 700 cañones prusianos persiguen a las tropas francesas del mariscal Mac Mahon. Comienzo de la decisiva batalla de Sedán.

SEPTIEMBRE

Domingo 4.— Llega a París la noticia del desastre de Sedán.

Napoleón III envía a París el siguiente y lacónico despacho: «El ejército ha sido derrotado y apresado; yo mismo he sido hecho prisionero».

Los parisinos invaden el palacio Bourbon y exigen la proclamación de la república.

Léon Gambetta se encarga de encabezar un gobierno de «Defensa Nacional». Se proclama la República desde el balcón del Hôtel de Ville. El general Trochu asume la presidencia, y esa misma noche declara a todos los que quieren escucharle que la idea de que París pueda resistir un sitio de los prusianos es una auténtica locura.

Domingo 11.— Se levantan numerosas fortificaciones en los alrededores de París.

Miércoles 14.— Prohibición de entrar y salir de París.

Jueves 15.— Redacción, por parte del Comité Central republicano, del primer «cartel rojo», en el que se reclama el reclutamiento en masa y la formación de la Comuna de París.

Viernes 16.— Huyendo de los prusianos, los habitantes de las poblaciones vecinas a París abandonan sus casas y entran en la capital.

Lunes 19.— INICIO DEL SITIO DE PARÍS. Declaración de la ley marcial.

Jueves 29.— Comienza a escasear la carne. Primeras colas delante de las carnicerías.

OCTUBRE

Lunes 3.— Llega a París la noticia de las derrotas de Toul y Estrasburgo. La carne de caballo se convierte en alimento cotidiano.

Jueves 6.— Restricción de la carne. La ración se establece en una libra de carne (450 gramos) por persona cada cinco días.

Diario del sitio
y la Comuna de París
1870-1871

PREFACIO

Durante toda mi vida he pretendido decir algo de esa verdad que nadie quiere ni osa decir, a la espera de que, veinte años después de mi muerte, este diario pueda decirla completamente.

He aquí pues un primer volumen de la segunda serie del *Diario de los Goncourt (1870-1890)*, en el que relato el sitio y la Comuna. Otros dos volúmenes seguirán, si Dios me lo permite.

EDMOND DE GONCOURT
Auteuil, junio de 1890

AÑO 1870

*Domingo 26 de junio.*¹— Bar-sur-Seine. Los lugares donde aún permanece mi vida de antes ya no me hablan, no me dicen nada nuevo, no me traen más que viejos recuerdos.

En esta casa, donde siempre fuimos dos, me sorprendo a veces pensando en él, como si estuviera vivo, o al menos me olvido de que ha muerto; y el sonido de la campanilla me hace saltar de la silla, como si hubiese sido provocado por el retorno apresurado de Jules, preguntando a la criada al entrar: «¿Dónde está Edmond?».

Jueves 30 de junio.— Soy tan desgraciado que una emoción propia de la sensibilidad femenina flota a mi alrededor. La amable carta de la señora *** y la indescriptible ternura que me transmite a través de la persona de Jesucristo.

Tengo un recuerdo del que no puedo deshacerme. Por un momento, había imaginado que jugábamos al billar. Quería distraerle, y no hacía más que atormentarle. Un día en el que el sufrimiento le impedía jugar bien, y que no hacía sino *retacar*, le di un pequeño golpe con el taco en los dedos. «¡Eres demasiado brutal conmigo!», me dijo. Todavía puedo escuchar el tono a la vez dulce y triste de este reproche.

1 Mi hermano murió en Auteil el 20 de junio (N. del A.).

3 de julio.— Un relato bélico. El capitán de navío Bourbonne contaba ayer que en una batería de Sebastopol había un cañón que tenía una rueda que giraba mal por culpa del retroceso de la pieza en cada tiro, así que le ordenó a un soldado de Marina que desmontara la pieza y engrasara la rueda. Como no había grasa por allí, el soldado, sin decir una palabra cogió un hacha, partió con ella el cráneo de un muerto todavía caliente, cogió su cerebro con sus propias manos, y colocó sin más el cerebro del muerto sobre el cojinete de la rueda.

10 de julio.— Vamos a Juilly a una adjudicación y comemos en casa del cura.

Se trata de una casa de cura bellamente documental.

Un diminuto patio empequeñecido por una leñera, con troncos que desaparecen bajo el portabujías y el dosel decorado con esas hojas de roble artificiales que se utilizan en las grandes ceremonias de la iglesia. Un comedor donde se puede contemplar una litografía de la *Asunción* de Murillo, floreros rotos, añejos vestigios del altar, una cafetera de metal. El gabinete de trabajo rodeado de planchas pintadas de negro, cargadas de *gradus*, de libros de teología polvorientos; y en una silla, una tabla de cálculo y una cronología colgada de un muro: una imagen grande, donde del pecho de una mujer brota un árbol cuyas ramas sostienen, en medio de guirnaldas y laureles, los medallones de los reyes de Francia, enmarcados con una banda de tela a rombos rojos y blancos.

El dormitorio tiene cortinas de algodón amarillo, terribles cortinas damasquinas. En un rincón hay un pequeño órgano. Una litografía coloreada de la *Virgen de la silla* sustituye al espejo, y sobre una mesa descansa el birrete del cura, entre pequeños trozos de papel azul, estrellas de plata, paquetes de cuerda rosa y, abiertos sobre la mesilla de noche, los *Cantos de María* con música del abad Lambillotte.

Es una pobre morada que huele a miseria, a santidad, a humedad, a enfermedad, y donde toda la alegría son los saltos y ladridos de un cachorro, de la raza de los perros de diligencia, bautizado como Paturot por el cura.

Dentro, se deja caer, gordo y florido, el senador Maupas,* vestido con una chaqueta de pequeñas rayas azules, pantalones blancos y polainas rojas, como un auténtico senador de ópera cómica que posee esa amabilidad de pacotilla de todos los delegados oficiales de todos los gobiernos.

14 de julio.— He puesto en venta la casa en la que él nació, a la cual yo ya no puedo regresar. Hoy he recibido tres buenas propuestas de alquiler por seis años. ¡Caray! Es ilógico e irracional, pero estas ofertas me llenan de una profunda tristeza. Sí, estoy unido a esa casa, en la que he sufrido tanto, por un vínculo que desconocía.

18 de julio.— No estoy enfermo, pero mi cuerpo no quiere andar ni moverse, detesta todo desplazamiento y se sentiría feliz con la inmovilidad de un faquir. Además, experimento constantemente ese sentimiento nervioso de vacío en la boca del estómago que producen las emociones fuertes, y que hace más dolorosa todavía la ansiedad por esta gran guerra que va a comenzar.

Sábado 23 de julio.— Querría soñar con él. Durante todo el día mi pensamiento se centra en él, lo espera por la noche, solicita su dulce resurrección en la engañosa realidad del sueño. Pero, debo admitirlo, las noches están vacías de su recuerdo, de su imagen.

No tengo ganas ni coraje para nada. Mi joven primo Labille, al que de pequeño su vocación por la Marina hizo que en la familia se le llamara Marin, quería llevarme con él a la frontera. He dudado... Podría haber alquilado mi casa, pero no me he atrevido... Ya no tengo la fuerza necesaria para tomar una resolución.

27 de julio.— Esta noche he soñado con Jules por primera vez. Vestía, como yo visto por él, de gran luto, y estaba junto a mí. Caminábamos por una calle que se parecía vagamente a la rue Richelieu, y tenía la impresión de que nos dirigíamos a entregar una pieza a un director de teatro. Por el camino, nos encontrábamos con algunos amigos, entre ellos Théophile Gautier. El primer impulso de unos y otros de acercarse a darme sus condolencias era interrumpido por la inesperada presencia de mi hermano, que según su costumbre, marchaba detrás de mí en el sueño... Y yo me debatía en una duda desgarradora entre la certidumbre de su vida afirmada por su presencia a mi lado, y la certidumbre de su muerte, que me traía a la memoria el claro recuerdo de las cartas en las que había dado noticia de su fallecimiento, aún esparcidas sobre la mesa de billar.

Entramos en una callejuela de poco más de más de dos pies de anchura. En ella se encuentra una pequeña casa de mala nota. Esta casa tiene una ventana sin cortinas y a través del cristal se ve un busto de yeso de Antínoo, y un candelabro que representa a un gendarme en cartón-piedra coloreado, con la vela incrustada en la cabeza.

Sobre la puerta, un pedazo de papel escrito a mano: *Para los pequeños viajeros*, MADAME BONDIEU.²

30 de julio.— En esta ciudad, en esta casa a la que desde hace veintidós años veníamos los dos juntos todos los años, cada paso remueve el pasado y hace brotar los recuerdos.

Este fue nuestro refugio después de la muerte de nuestra madre, después de la muerte de la vieja Rose, el lugar de nuestras vacaciones de verano tras el trabajo del invierno, después del volumen publicado en primavera. En los senderos que huelen a lavanda, bordeando el Sena, sobre los *rápidos* de la orilla que atravesába-

2 *Bondieu*, es decir: Buendíos (N. del T.).

mos con grades pértigas, componíamos juntos las descripciones de *Charles Demailly*. En la iglesia dibujábamos juntos la vidriera que representa el típico «paseo de la vaca» de la Edad Media. Allí, en las viñas, está el lugar donde nos enteramos de la muerte de nuestro querido Gavarni.* Sobre esta cama, que ha quedado tal y como estaba cuando Jules se acostaba a mi lado, he encontrado tirada esta mañana la carta de Thierry* en la que nos apresuraba a regresar para poder llevar *Henriette Maréchal* a imprenta.

Y remóntandome hasta el principio, hasta los primeros años, puedo vernos salir por esta puerta, en blusa blanca y el saco a la espalda, para nuestro viaje por Francia en 1849. Él con su bello rostro rosado, tan imberbe que en los pueblos que atravesábamos pasaba por una muchacha a la que yo hubiera raptado.

Viernes 5 de agosto.— Auteuil. Paso los días yendo y viniendo por esta casa, como un alma en pena. Sí, esa es la expresión exacta.

Sábado 6 de agosto.— Desde el gabinete de estampas de la Biblioteca, veo a gente que corre por la rue Vivienne. Instintivamente, dejo el volumen de imágenes y salgo a correr con los demás.

En la Bolsa, por todas partes, no hay más que cabezas descubiertas, el sombrero al viento, y en todas las bocas una *Marsellesa* formidable, cuyas ráfagas ensordecedoras apagan el zumbido de *los corros* en el interior del edificio. Jamás he visto un entusiasmo semejante. Avanzo entre hombres pálidos de emoción, niños saltarines, mujeres ebrias. Capoul canta esa *Marsellesa* desde lo alto de un ómnibus, en el plaza de la Bolsa, y sobre el bulevar, Marie Sasse la canta subida a su propio coche, alzada por el delirio de un pueblo.

Pero el despacho que anuncia la derrota del príncipe de Prusia y la toma de veinticinco mil prisioneros, ese despacho que se exhibe en el edificio de la Bolsa, ese que me aseguran haber leído las personas entre las que yo lo busco dentro del edificio, ese

despacho que las gentes —por una extraña alucinación— creen haber visto, señalándomelo con el dedo y gritando: «¡Mira, ahí está!», mientras me muestran un muro en el que no hay nada, ese cartel... yo no consigo verlo, a pesar de buscarlo y rebuscarlo por todos los rincones de la Bolsa.

Domingo 7 de agosto.— Silencio aterrador en el bulevar. Ni un solo vehículo circula. En la ciudad, ni un solo grito que anuncie la alegría de un niño. Y en el horizonte, un París cuyo ruido parece haberse extinguido.

Lunes 8 de agosto.— Siento menos mi soledad en estas grandes multitudes emocionadas, y me paseo durante todo el día, cansado hasta no poder más, pero sin detenerme.

Miércoles 10 de agosto.— Todo el día vivo en la dolorosa emoción de la gran batalla que va a decidir el destino de Francia.

Domingo 14 de agosto.— Triste por la muerte de mi hermano, triste por la suerte de la patria, no puedo quedarme en casa, necesito cenar en una casa amiga y voy, un poco a la aventura, a pedir que me inviten a cenar en casa de Charles Edmond.*

Encuentro en la casa de Bellevue, dispuestos a sentarse a la mesa, a Berthelot* y a Nubar Pachá,* un europeo a quien la larga estancia en Egipto ha provocado que su cabeza adquiriera una conformación oriental, y bajo la máscara fina y diplomática su risa muestra a veces los dientes blancos del salvaje. Hablamos de nuestras derrotas, y Berthelot, al que nuestra humillación frente a Europa ha hecho enfermar y volverse elocuente, verdaderamente elocuente, habla, con una voz apagada, de torpeza general, de favoritismo, de merma de los hombres por el poder personal.

Nubar Pachá, por su parte, nos habla de la conducta cruel con los débiles del gobierno. Nos describe las lágrimas, las auténticas

GLOSARIO

JEAN CHARLES ALPHAND (1817-1891): Ingeniero Civil. En 1854 trabajó a las órdenes de Haussmann en su famosa reestructuración de la capital. Posteriormente se encargó de la creación y protección de las murallas y los fuertes de París, puesto que mantuvo durante todo el sitio. Su carrera concluyó en 1889, cuando dirigió de la Exposición Universal.

FRANÇOIS ARAGO (1786-1853): Matemático y astrólogo. De ideas republicanas, como político llegó a ostentar el cargo de jefe de Gobierno de la República Francesa, puesto al que renunció tras los sucesos de 1848. A partir de esa fecha, y hasta su muerte, continuó dirigiendo el famoso Observatorio de París.

EMMANUEL ARAGO (1812-1896): Abogado y escritor, sobrino de François. Como político fue un ferviente republicano. Ocupó diferentes cargos durante la Segunda República. En septiembre de 1870 formó parte del Gobierno de Defensa Nacional, opuesto a la rendición ante los prusianos.

CHARLES ASSELINEAU (1820-1874): Escritor y crítico de arte. Hoy es sobre todo recordado por ser uno de los pocos amigos leales de Baudelaire, de quien escribió su primera biografía.

ADOLPHE ASSI (1841-1886): Obrero mecánico, se enrola en el ejército del Segundo Imperio, del que deserta para unirse a Garibaldi. En 1868 vuelve a Francia, donde lleva a cabo una extensa labor de agitación y propaganda obrera. Durante el sitio formó parte del Comité Central de la Guardia Nacional, y durante la Comuna fue miembro de la Comisión de Seguridad General. Más tarde fue condenado al exilio en Nueva Caledonia, donde falleció.